

El nombre en Juan Vicente Melo (*Los muros enemigos* y *Fin de semana*)

Perla Holguín Pérez*



145-154

Resumen

El siguiente es un estudio sobre la relación presente entre la construcción de la figura de Juan Vicente Melo, escritor, en su *Autobiografía*, y la de sus personajes en los cuentos de *Los muros enemigos* y en *Fin de semana*. En todos los casos el nombre tiene un papel privilegiado, a veces reforzando la imagen del autor como institución o modelo de la cultura mexicana de la época, y otras veces como construcción y representación de la realidad del personaje y del individuo en general. En el primer apartado se incluyen datos biográficos del autor, pues a pesar de pertenecer a uno de los grupos más talentosos de escritores mexicanos, la Generación de Medio Siglo, lamentablemente es uno de los menos conocidos.

Abstract

The following is a study of the present relationship between the figure construction of writer Juan Vicente Melo, in his *Autobiografía*, and their characters in the stories of *Los muros enemigos* and *Fin de semana*. In all cases the name has a privileged role, sometimes reinforcing the author's image as an institution or as a Mexican culture model of the time, and sometimes as construction and representation of reality and the individual character in general. The first section includes the author's biographical details, because despite belonging to one of the most talented group of Mexican writers, "Generation of Half Century", unfortunately is one of the least known.

* CEP – UNAM. Correo electrónico: perlaholguin@live.com

Palabras clave

Autobiografía

Nombre

Identidad

Key words

Autobiography

Name

Identity.

Fecha de recepción

6 de agosto de 2013

Aceptado para su publicación

25 de febrero de 2014

*Somos nuestros dos únicos nombres,
los dos maravillosos entrecruzados fundidos nombres.
"Música de cámara", de Juan Vicente Melo*

Biografía

Juan Vicente Melo Ripoll nació en el estado de Veracruz el 1 de marzo de 1932 y falleció el 9 de febrero de 1996. Estudió piano en la Escuela Municipal de Bellas Artes de Veracruz. Se tituló de médico por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue escritor y crítico musical. Como escritor perteneció a la Generación de Medio Siglo en México. Entre sus obras literarias destacan: *La noche alucinada* (1965), *Los muros enemigos* (1962), *Fin de semana* (1964), *Juan Vicente Melo: Autobiografía* (1966), *La obediencia nocturna* (1967), *El agua cae en otra fuente* (1985).

Fue fundador de la *Revista de la Universidad de México* y dirigió la Casa del Lago de la Universidad Nacional, de la que fue destituido en 1967. En la edición *El agua cae en otra fuente*, editada por la Universidad Veracruzana, se reúnen dos de sus obras de cuento que mayor reconocimiento han recibido: *Los muros enemigos* y, principalmente, *Fin de semana*, esta última debido a la redondez que adquiere el volumen conformado por tres cuentos:

El título de este tercer volumen de relatos establece una sutil distinción respecto a los dos libros anteriores: Juan Vicente Melo no privilegió un cuento para nombrar al volumen completo, sino que reunió tres relatos (dos de ellos publicados con anterioridad en revistas literarias) bajo un nuevo nombre: *Fin de semana*, para referirse a ese otro tiempo en el cual la rutina, la cotidianidad, el trabajo diario se interrumpen para permitir el descanso y el ocio (Albarrán, 2006: 155-156).

Para los fines de este trabajo centraremos la atención, precisamente, en algunos de los cuentos de estos dos volúmenes: *Los muros enemigos* y *Fin de semana*.

Autobiografía y obra

Para conocer a Juan Vicente Melo existen dos caminos que deben de tomarse en cuenta, uno, sus cuentos y novelas y, otro, su *Autobiografía*. La *Autobiografía* de Melo difiere de la mayoría de los ejemplos de este género, pues mientras que, generalmente, este tipo de textos sirven para la construcción de un personaje: el del escritor como figura pública, a través de una serie de invenciones e, incluso, de mentiras, la de Melo privilegia al hombre común, de carne y hueso. Si bien el autor omite detalles personales, revela de una manera suelta, sencilla y honesta su personalidad, la que podemos ver reflejada en su obra literaria, pues no esconde sus temores, obsesiones y enfermedades para dar voz a los personajes de sus cuentos y novelas y, sobre todo, para enfrentarlos como se enfrenta él a una realidad con la que no está conforme. Una realidad que no le basta, tanto así que le es necesario escribir, inventar una nueva donde tengan cabida las problemáticas que lo consumen y permitirse a sí mismo, como a sus personajes, ser feliz, aunque sea por un momento y, tal vez, no solo a pesar de eso, sino como la única manera en que podemos ser felices: momentáneamente.

La *Autobiografía* de Melo llama la atención, entre otras cosas, por el listado de nombres que aparecen en ella; uno tras otros los nombres constituirán una especie de respaldo a su propia figura y a lo que dice de sí y de su obra. Por ejemplo, encontramos los nombres de: Emmanuel Carballo, Rubén Salazar Mallén, Elena Poniatowska, José de la Colina, Federico Álvarez, Huberto Batis, Miguel de Cervantes, Salvador Elizondo, Ricardo Vinós, Ricardo Salazar, Carlos Monsiváis, Juan García Ponce, Marco Antonio Montes de Oca, Héctor Mendoza, José Gurrola, Octavio Paz, Tomás Segovia, Inés Arredondo, Rosario Castellanos, Sergio Galindo, y la lista continúa. Algunos de ellos modelos para Melo, otros entrañables amigos, familiares, colegas, etc. Quizás esta serie de nombres que aparecen en la *Autobiografía* no tendrían mayor relevancia que la personal, si no fuese porque, una vez que leemos la obra de Melo, descubrimos en ella que el nombre, en general, cobra otros sentidos de los que iré hablando.

La propia *Autobiografía* viene dedicada a sus hermanos: María Elena, Beatriz y Guillermo. Cada cuento de *Los muros enemigos* y de *Fin de semana*, a su vez, está dedicado para sus amigos más cercanos. Este acto de dedicar sus cuentos, a diferencia de las menciones en la *Autobiografía*, no corresponde a una necesidad de sentirse reconocido por personalidades que estima y, además, forma parte del mundo literario y cultural de México; son, en cambio, respuestas a acontecimientos de su vida personal, sobre todo, y como lo ha señalado Claudia Albarrán, el cuento dedicado a Inés Arredondo. Existe en estas dedicatorias una suerte de correspondencia personal, de intimidad, entre los que pertenecen a la Generación de Medio Siglo o de Casa del Lago, como también se les nombra; sin embargo, para acceder a esa intimidad tendríamos que elaborar una serie de investigaciones sobre la vida personal de cada uno de los escritores, lo que no corresponde a este trabajo.

Hasta aquí me interesaba señalar, pues, el interés que presta Juan Vicente Melo al lugar que ocupa cada uno de esos nombres en la vida cultural de México y, principalmente, en su vida personal. En el nombramiento, en traerlos a la memoria y darles un lugar especial a cada uno de ellos, no solo está reforzando el modelo de la cultura mexicana de la época, sino que se trata también del reconocimiento que siente hacia ellos, de la admiración que profesaba por sus amigos y, aún más importante, del autorreconocimiento. No olvidemos que su inexperiencia, cuando apenas se desarrollaba como escritor, aunada a la opinión de León Felipe, provocó que Juan Vicente Melo tratara de sacar de circulación parte de su obra:

La noche alucinada (1956), libro que, a pesar de los repetidos esfuerzos de su autor por borrarlo del mapa literario, fue reeditado por la Universidad Veracruzana en *El Agua cae en otra fuente* (1985), y que no volvió a recoger en ninguna otra ocasión afectado (por qué no) por la sinceridad de los comentarios de León Felipe (Albarrán, 2006: 152).

Además de este esfuerzo infructuoso por retirar aquellos textos y, quizá debido a las mismas razones, se reconoce en Melo una inseguridad en su talento, motivo por el que recurre constantemente a lo que sus amigos, y no cualesquiera, sino sus amigos escritores, han dicho de su obra. Entre elogios de los amigos es que Melo encuentra al fin un sentido de pertenencia, un lugar entre los escritores, al que sin necesidad de elogios ya pertenecía. Es probable que esta recurrencia pueda tomarse también como una falsa modestia; sin embargo, es algo que no podemos decir con certeza. En mi opinión creo que esto responde más a eso que he llamado sentido de pertenencia, pues como ya mencionaba, los personajes de Melo reflejan mucho de las inquietudes que él tenía en vida y en varias ocasiones podemos encontrar que estos buscan sentirse aceptados en algún lugar y, más importante, sentirse aceptados por ellos mismos.

En este caso en particular cuesta mucho separar al autor, Juan Vicente Melo, de la obra, pues "Al escribir, Melo se despelleja, queda en carne viva y emplea todos los recursos de la alquimia literaria para esconder, enmascarar y revelar a un mismo tiempo lo que es él y lo que querría haber sido, lo que no es, lo que inventa" (Ruffinelli: 1984: 25). Incluso, si quisiéramos resumir en pocas palabras la esencia de su obra, podríamos recurrir nuevamente a su *Autobiografía*, es decir, en sus propias palabras demuestra ser poseedor de una gran conciencia de lo que escribe:

En mis cuentos -y en la novela que actualmente preparo- todo ha sucedido, el tiempo está detenido y los personajes sólo viven en un determinado instante (...) en que toman conciencia de su existencia y asisten a su propia revelación, al descubrimiento del mundo (...)

me gusta hablar de la imposibilidad del amor, de la disolución de la pareja, de la decadencia de la familia, de la afrenta, el orgullo y la culpa (Melo, 1985: 41).

Entonces, existe en Juan Vicente Melo una conciencia de su quehacer literario y una necesidad de reconocimiento determinado por el nombre. Exactamente lo mismo que sucede en sus cuentos, donde el nombre determina a los personajes en distintos niveles.

En “Música de cámara” los personajes son nombrados como Ella y Él, sin personalidad, con la única diferencia marcada en que son una mujer y un hombre. Al respecto dice Luis Arturo Ramos: “La rutina no sólo los ha desposeído del amor sino también del nombre; son Ella y El [*sic.*], anónimos, inexistentes” (Ramos, 1990: 38). Inexistentes, dice Ramos, pongo énfasis en esto porque más adelante se refiere a la misma idea con el verbo *ser*: “El personaje es su nombre; tenerlo o no implica ser o dejar de ser. El ahora de la pareja está significado por el anonimato” (Ramos, 1990: 38). El nombre les confiere a los personajes una identidad, al no ser nombrados no pueden suponer identidad alguna, pero esto no quiere decir que no existan. Existen, pero existen precisamente en ese anonimato, sin carácter alguno, es decir, los personajes *son* Él y Ella, así, sin nombre que otorgue rasgo alguno. En este sentido, los personajes de este cuento existen, mas no como dos seres determinados con rasgos propios, sino como una especie de fantasmas sobrepuestos el uno en el otro, pues se encuentran a sí mismos en el abstracto y en la unión de los dos, y no como seres individualmente confeccionados:

Nosotros somos el amor, somos los desvelos en secreto, somos él y yo y nosotros encerrados, victoriosamente encerrados en un cuarto sin pintura pero cómodo, un cuarto sin miradas otras ni otras voces, somos nuestros dos únicos nombres, los dos maravillosos entrecruzados fundidos nombres (Melo, 1985: 97).

Desde “Música de cámara” se anuncia el que será el segundo cuento, pues este sirve a manera de introducción a la historia de “Estela”, que ya desde el título nos presenta un nombre. En este cuento, es a través del recuerdo y del llamado a la persona, de la articulación de su nombre, que los personajes adquieren su identidad. El médico la recuerda, dibuja su imagen con la memoria; el personaje femenino poco a poco va apareciendo delimitado, corporal, erótico, aunque no deja de sentirse como etéreo: “Primero no eras nada: una especie de música, el contacto duro y rojo, nada más. Luego te crecieron piernas y manos, te dibujé la cara, quise que te parecieras a la mujer de la fotografía y preguntaste tu nombre. Estela, dije” (Melo, 1985: 101). No basta con ser recreado, necesita ser nombrado, pues el nombre le otorgará completitud. ¿Quién es uno?, sino su nombre

mismo, la esencia que logra capturar en él. Nombrarla, además, concluye el acto erótico en el sexual, “asume también la calidad de conjuro; mediante su enunciado, unido al acto ritual de la masturbación” (Ramos, 1990: 39).

En *Los muros enemigos*, en cambio, la construcción del personaje femenino a través de la evocación del nombre se pierde, al menos para el protagonista, ya que al nombrarla, al querer recordarla, desde el murmurio hasta el grito, mostrando su desesperación, fracasa: “*Josefina*, murmuró. El nombre le sonó a nombre y no a ella. Trató de verla, de reconstruir su cuerpo, su rostro, sus ojos, para que el nombre adquiriera el sentido de antes, para que al decirlo una y otra vez ella apareciera, no otras Josefinas sino ésta, la suya” (Melo, 1985: 107).

La palabra, el nombre, pierde su significación, es decir, no hay en él ya una interpretación por parte del protagonista. Lo repite una y otra vez, y las palabras que se repiten constantemente en algún punto pierden su sentido, así pasa con el nombre que ya no le remite a Josefina:

Trató de ver sus ojos (...) No, no los ojos, no nada, no la boca, ni siquiera el sexo, ya ni eso siquiera, tampoco las piernas duras, ya no el sexo ni el cabello largo, trenzado, cuidadosamente trenzado en la nuca, no nada; el nombre, sólo el nombre. *Josefina*, murmuró. Que pertenezca a ella, que sepa a ella, que sea ella, nadie más. *Josefina*, dijo en voz alta. Y los demás se volvieron para mirarlo. *Josefina*, comenzó a sollozar (Melo, 1985: 107).

Es interesante cómo los personajes de Melo no solo construyen la esencia y cuerpo del otro al nombrarlos, sino también sus percepciones cobran sentido. Así, el nombre pasa a ser también la representación del tacto, del gusto, del olfato, del erotismo y, por extensión, es a la vez su ausencia.

En “Viernes: La hora inmóvil” el nombre adquiere un sentido mucho más hermético. Los personajes -protagonista y antagonista- se llaman exactamente igual: Roberto Gálvez. Pero no es lo único que comparten, son hijos del mismo hombre y portan sobre ellos una tarea que no eligieron, como si fuese su destino. Ambos luchan mediocrementemente por contraponerse a ese destino, sin embargo, es de verdad tan mediocre el modo de hacerlo, a través de la duda, que no cobra importancia y, por el contrario, pareciera que lo han aceptado de principio a fin:

Tengo que hacerlo como tú harás las otras cosas. Tengo que decirte que él buscó a una mujer que le diera una hija para que se llamara como tu madre, para que gobernara la casa y tú no pudieras hacer nada, nada. Pero nací yo y entonces me llamó Roberto, como tú. Sé lo que eso significa (Melo, 1985: 159).

El nombre en este caso no construye a los personajes, sino que les impone una manera de ser. Ser nombrados Roberto Gálvez es ser nombrados asesino y víctima, es ser el hijo de alguien y el hijo de nadie, es ser reconocido y ser bastardo. Roberto Gálvez es una imposición de falta de carácter para ambos. Roberto Gálvez es la pérdida de identidad propia desde el bautizo para asumirse como otro, para criarse a semejanza suya a tal grado que “Roberto y el muchacho ya no se acordaban de ellos mismos, ya no importaban. Ser los otros. Repetir los actos de los otros, parecerse a ellos, ser ellos, inmortalizarlos, revivirlos” (Melo, 1985: 165). El nombre es en este caso lo que la tradición ha creído por mucho tiempo: un destino. El problema está en la repetición de un destino que, específicamente, es fatal.

En “Sábado: El verano de la mariposa” el personaje principal sufre un desdoblamiento. Al ser esta una separación, el nombre tiene que ser otro. No es lo mismo que pasa con Roberto Gálvez, ya que ahí existe una imposición del nombre para que cumpla un destino. Aquí se trata de una persona que se separa en dos, pero que no actúan al mismo tiempo, conformando dos personas distintas mediante el travestimiento, como le llama Claudia Albarrán (2006: 153). Al usar el vestido de otra mujer, se construye a sí misma como otra persona completamente diferente. Sin embargo, el cambio no es tan sencillo. Titina no se reconoce, se ve y no encuentra en ella a la persona que puede identificar como la costurera, la solterona Titina:

Se levantó, el cuerpo reflejado en el espejo. Se levantó azorada de encontrar tan extraño el cuerpo que veía: flaco, torpe, cansado, sosteniendo el vestido terminado contra la bata pintada de florecitas azules y rojas que cubrían el su cuerpo en ese momento visto como ajeno en el espejo (Melo, 1985: 170).

De pronto, el nombre ya no le pertenece. Es en ese momento cuando viste el traje de la señora Lola y comienza la construcción de la otra.

En este mismo cuento existe otro cambio de personaje, pero solo a nivel de percepción por parte de Titina, aunque con eso basta. Es mediante la percepción con que configura su propio mundo y donde ella se transforma en otra que “El nombre, la palabra, la melodía, un día específico funcionan, pues, como formas rituales para que los personajes construyan otro mundo; son frágiles puentes que les permiten -aunque sólo sea por un instante- la comunión con el otro” (Albarrán, 2006: 155). El turista, pasa de ser nombrado el *enemigo* a ser Eduardo, de manera personal y sin connotaciones negativas, cuando los dos entran en contacto, o sea, cuando existe intimidad entre los personajes, a pesar de que no sea sexual, sino comunicativa.

Conclusiones

Vemos en estos breves ejemplos cómo el nombre en la obra y vida de Juan Vicente Melo cobra distintos sentidos desde su significado hasta su significación. No podemos leerlos así nunca como nombres incidentales, sino como expresivos, constructivos, limitantes y configurativos.

Los nombres expresan la configuración de los personajes, física, erótica, emocional y psicológicamente; así como su construcción en el imaginario de otro personaje, pero también su desaparición.

Algunos logran al fin, a través del nombre, pertenecer a un lugar o sentirse parte del ser amado, ya sea por sí mismos o por evocación o llamado del otro. Encontrarán su identidad o conformarán una con los elementos que tienen a su disposición o con los que habrán inventado para rehuir del mundo que perciben.

El nombre les permitirá a otros experimentar, salirse de sí y hacer lo que nunca harían manteniendo su primer nombre. Vencerán o fracasarán sexualmente, pero todos tendrán al menos un momento erótico que habrá valido la pena para sentirse quienes no son en realidad, pero desearían ser. El nombre será un alivio o una condena.

Fuentes

Melo, Juan Vicente (1962), *Los muros enemigos*, Xalapa, Ficción.

----- (1964), *Fin de semana*, Xalapa, Ficción.

Bibliografía

Albarrán, Claudia (2006), "Desdoblamiento, travestismo y otredad en los cuentos de Juan Vicente Melo", en *Narradores mexicanos en la transición de medio siglo 1947-1968*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 149-158.

Melo, Juan Vicente (1956), *La noche alucinada*, Veracruz, Ediciones de la Prensa Médica.

----- (1966), *Autobiografía*, México, Empresas Editoriales.

----- (1969), *La obediencia nocturna*, México DF, Era.

----- (1985), *El agua cae en otra fuente*, México, Universidad Veracruzana.

Ramos, Luis Arturo (1990), *Melomanías: La ritualización del universo (una lectura de la obra de Juan Vicente Melo)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Ruffinelli, Jorge (1984), "Entre la elegía y el arcano", *Texto Crítico*, vol. 10, n° 29, México, Universidad Veracruzana, pp. 20-28.